

EDITH STEIN, CARTAS A ROMAN INGARDEN (1917-1938)

Editorial de Espiritualidad, Madrid, 1998

Traducción e introducción de Jesús M. García Rojo. (276 páginas)

Silvia Campana

Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino

1- Edith Stein, Santa Teresa Benedicta de la Cruz, se alza hoy en el mundo de la Pedagogía, de la Filosofía y de la Teología como un misterio a seguir descifrando. La riqueza de su vida y de su pensamiento hoy nos sigue interpelando. En este presente lleno de inseguridades y preguntas, de pocas certezas y oscurecimiento, ella nos devuelve la esperanza, la confianza, la certeza de que la verdad no permanece oculta largo tiempo, sino que se devela en el momento oportuno, con un dinamismo que le es propio. Adentrarnos en su vida implica un caminar con una "buscadora de la verdad". Y esta finalidad es la que va marcando el entramado de su vida hasta dejarnos un "tapiz" de colores vivos, atractivo, como una obra de arte que nos llama y nos interpela, nos inquieta y nos moviliza, regalándonos, gratuitamente, verdad, bien, belleza...

2- Edith Stein es una contemporánea, hija de este siglo que está llegando a su fin, que vivió intensamente los acontecimientos y los cambios que la modernidad trajo consigo. De familia judía, abandona la fe de sus padres entrada la adolescencia, y desde ese momento se ve conducida a una búsqueda incansable de la verdad que la llevó a entregarse al "amor a la sabiduría", a la Filosofía como camino privilegiado para ese encuentro. El entorno intelectual en que se vio sumergida, la llevó a vivir en plenitud cada momento y a valorar cada encuentro con "el otro" que la acercaba a la meta deseada sin siquiera darse cuenta. Y así, abierta a la luz que la llamaba, no sin angustia e inquietudes, se dejó conducir hacia la paz y la plenitud en su vida, concretada en el abrazo de la fe católica, acontecimiento que cambió radicalmente su vida, unificando su pasado, su presente y su entregado futuro..., hasta elevarse hoy al honor de los alta-

res, con la proclamación oficial de su santidad, con la confirmación de que su búsqueda llegó a término, alzándose hoy como faro que ilumina nuestro caminar.

3- *“Al morir, Edith Stein nos dejó una especie de autorretrato. Son sus cartas (...) que nos abren la puerta que conduce a lo más íntimo y profundo de la persona.”* (pg. 11 - Introducción). Esta selección epistolar, publicada en Alemania en 1991, y hoy traducida para nosotros, nos delinea un perfil de la autora dibujado por ella misma. Y no es sólo su retrato, sino el del destinatario de sus cartas, Roman Ingarden, filósofo polaco, nacido en 1893, representante de la “escuela fenomenológica”, que obtuvo bajo la dirección del Maestro, Edmund Husserl, el doctorado con un trabajo denominado “Intuición e intelecto en Henri Bergson”. Con él compartió Edith el “círculo fenomenológico de Gotinga”, por el año 1913, que contaba entre sus miembros a Adolf Reinach, muerto en el frente en el año 1917, el matrimonio formado por Theodor y Hedwig Conrad-Martius, Dietrich Von Hildebrand, Alexander Koyré, Johannes Hering, Lipps, entre otros. La riqueza del movimiento intelectual de la época se encuentra reflejada en cada carta, demostrando la participación activa de esta mujer que supo abrirse camino en un mundo exclusivamente formado por hombres. Esto lo demuestra el privilegio de haber sido asistente de Edmund Husserl, a quien profesa profundo respeto y casi veneración, ordenando notas y realizando un trabajo no siempre valorado por el “Maestro” (Cfr. cartas 28 y 29), con quien también disentía en cuestiones filosóficas (Cfr. cartas 9, 12, 14, 37, 100). También conoce al “pequeño Heidegger”, con quien ella pasa una mañana *“hablando de cuestiones religioso-filosóficas”* (carta 36). Este maravilloso clima se complementa con un panorama político-social, analizado por ella misma, desde las repercusiones de los acontecimientos en sus actividades y en la vida de su Nación, hasta llegar al “atroz antisemitismo” que reinaba en Alemania.

4- En medio de la intensa vida, su relación personal con Ingarden que tiene idas y vueltas, malentendidos y aclaraciones, encuentros y desencuentros..., pero sobre todo fidelidad, pues la correspondencia nunca fue interrumpida hasta su entrada al Carmelo de Colonia. Son 162 cartas que abarcan desde 1917 hasta 1938, antes

de su traslado al Carmelo de Echt, Holanda, cuatro años antes de su muerte. Es a él a quien dice que “... *es la única víctima de toda sinrazón que anida en mí, y que, por el contrario, con relación a todo el mundo me comporto de manera terriblemente razonable. Tan razonable que presumiblemente considerarían mis cartas como una falsificación, si alguna vez se le ocurriera publicarlas. Así, pues, cuídese de hacerlo*” (carta 38). Edith sabe que al escribir desde el afecto, se comunica el propio interior, sin reparos, expresando lo que anida en lo más íntimo de la persona. No siempre es comprendida por Ingarden, sobre todo en lo que respecta a su conversión y entrada en el Catolicismo, cuestión que es incomprendida por el filósofo, que ve alejarse de sus convicciones a una persona que él estima intelectualmente, por su seriedad, precisión, método (cfr. especialmente cartas 78, 80, 82, 85, 94 y 96). Esto no implica un final en el intercambio epistolar, pero si una no profundización en temas religiosos. Edith se limita a responder a las preguntas y a veces a la agresión de Roman Ingarden, siempre tratando de cuidar sus palabras, no por ella, sino por la extrema susceptibilidad de él. Pero es notable la confianza intelectual que se profesan, tanto es así, que es Edith quien corrige los trabajos de Ingarden antes de su publicación (cf. carta 121), apretada por la falta de tiempo, de la que se queja constantemente, pero dando muestras de una sólida amistad.

5- Animo al lector a entrar en este mundo tan rico y tan pleno de sentido, no lejano en el tiempo y por esto tan afín. Edith Stein nos deja en estas cartas, de las cuales nunca pensó que serían publicadas, su itinerario, su búsqueda y su encuentro, sus tristezas y alegrías, su dolor y su paz, en fin su vida, para que en ella veamos una existencia inquieta, sin descanso y renovemos la esperanza de encontrar plenitud de sentido a lo que hacemos, a lo que investigamos, a lo que enseñamos, al encuentro con el otro, que siempre tiene algo que decirnos, que mostrarnos... “*Edith Stein da muestras de una riqueza interior impresionante. Y, a medida que la vamos conociendo más y más, una cierta sensación de asombro se apodera de nosotros. Es su grandeza de espíritu lo que nos sorprende y atrae de mil modos diferentes.*” (Introducción, 10)